

De Carlos Esplá

El sentido humano de Luis Companys

A fines de Agosto de 1938 fui a Barcelona, por encargo de don José Giral, para tratar algunos problemas que la guerra planteaba entre el gobierno de la República y la Generalidad de Cataluña. Vivi unos días con Companys, en su residencia.

Una noche, me propuso ir a un acto obrero que se celebraba en el Olympia.

—Iremos solos, sin escolta — me dijo—. Yo no la necesito porque estoy seguro de que nadie, ni aún los más extremistas y violentos, se atreverían a tocarme. Saben que me he batido con ellos en la calle, que soy un hombre del pueblo, y por eso me respetan...

Recuerdo la impresionante entrada de Companys en aquel vasto teatro, entre aquella indescriptible masa humana, vibrante y enardecida, de obreros venidos de todos los suburbios, salidos de las barricadas recientes, que llevaban todavía al brazo los fusiles de la batalla callejera contra la traición militar. Cuando se dieron cuenta de la presencia de Companys hubo un estallido frenético:

—¡El President! ¡El President! ¡Lluís! ¡Lluís!

Le hicieron hablar, y fueron sus palabras serenas y graves, para despertar en aquella multitud exaltada el sentido de la responsabilidad y del deber.

—Hoy, en Cataluña —me decía, momentos después— no hay más fuerza que la de ese pueblo armado... y la mía, la de mi autoridad personal. Quiero conservarla para salvar a Cataluña de la demagogia. Todo se ha hundido, pero quedo yo.

Y, con audacia y prudencia, Companys continuó su obra difícil, que consistía en rehacer los resortes del poder republicano destrozados en la calle por la sublevación militar. Su vida, que fué siempre un puro riesgo, se consumía entera en esta enorme tarea de reconstruir el armazón republicano con los elementos monedizos y flotantes que podía encontrar en un pueblo desatado.

—Tengo que hacer de todo —me decía con gesto de fatiga— hasta de Cruz Roja...

Companys, en efecto, había salvado, con riesgo de la suya, la vida de muchos adversarios políticos contra los cuales se proyectaba justamente la cólera

del pueblo traicionado, gentes que no han hecho ahora ni un simple ademán para proteger a su salvador.

Este era el hombre asesinado en Barcelona. Sobre sus grandes cualidades de político, sobre el temple heroico de su espíritu de luchador, sobre todos sus méritos de gobernante y todos sus errores de democrata, yo quiero destacar, en mi responso civil, aquel nobilísimo sentido humano que inspiró su función rectora. Es la ausencia de ese sentido humano en sus verdugos lo que hace más horrible el crimen que con él han cometido. Y es el recuerdo emocionante de este Companys compasivo y bueno el que hace más exacto su martirio, más sublime la causa por la cual ha muerto, más querida la tierra que lo cubre, más segura e inmediata la resurrección de su ideal.

CARLOS ESPLÁ